

JOSÉ LUIS SAMPEDRO
CARLOS BERZOSA

LA INFLACIÓN
(AL ALCANCE DE LOS MINISTROS)



DEBATE

La inflación
(al alcance de los ministros)
José Luis Sampedro | Carlos Berzosa

www.megustaleer.com

Casi cuarenta años —tanto como la marcha por el desierto— hemos vivido aquí en una realidad mutilada. Sólo se imprimía en un color y se cantaba en una clave. El doblaje del cine hacía hermanos a los amantes. A la política le habían amputado el ala izquierda. Al pueblo, la voz y el voto.

Pero la vida exige que la mujer tenga todo lo negado por aquella moral y el hombre otras cosas enemigas de todo paternalismo. Esa vida sólo será para todos si el pueblo tiene voz y voto. Y para votar dignamente es menester tener conciencia de la realidad. Verla en versión completa y sin doblaje.

También de las ciencias sociales, como de la luna, nos mostraban solamente una cara (sólo que aquí era el reverso) y su versión de la inflación estaba mutilada. En el campo de la economía, estas páginas nacen como una humilde contribución a la reconquista de la vida para todos. En él se completa la versión oficial con los temas escamoteados por los manuales, a saber: los beneficios, sus aliados y el sistema. Ya sé que no convenceré a quienes nunca echaron de menos la verdad porque el escamoteo les favorecía. Por eso mismo su discrepancia será una prueba más.

Por otra parte, no escribo para ellos, sino para confirmar en sus sospechas a mis compatriotas de trabajo, ayudándoles a ser conscientes de lo que es la inflación en versión completa. Para ellos escribo; para los hombres y mujeres víctimas de tantos mitos: el orden natural de la sociedad, el interés nacional, la moral dogmática... Para sustituir esas fantasmagorías por verdades humanas, sencillas y elementales como pan, piedra, trabajo.

Porque, compañeros, se trata de vivir. Sí, claro: también nosotros.

Introducción

En 1976, cuando todavía continuaban vivas las polémicas y discusiones económicas suscitadas por el estallido de la llamada «Revolución del 68» en Europa y América, publiqué un libro para contribuir a clarificar algunas cuestiones. Su título, *La inflación en versión completa* respondía a mi convicción de que en las doctrinas sociales con frecuencia se nos escamotean aquellos aspectos de la realidad, que, de conocerse por el gran público, perjudicarían a los autores y políticos interesados en conseguir adhesiones y votos.

El libro tuvo una estimación aceptable, no cayó en el olvido ni siquiera años después de agotarse la edición. El interés por ese título ha perdurado en el tiempo y especialmente en los últimos años, gracias, tal vez, a la reactivación de los temas económicos debida a la «crisis». De ahí que acepté gustoso la propuesta editorial de rescatarlo nuevamente, empezando por el título. En su día quise titularlo *La inflación al alcance de los ministros*. Pero recién salidos de la dictadura, el editor de entonces temió que alguien imaginara posibles alusiones a personajes concretos y prefirió eludir las posibles consecuencias. Algo de razón tendría como muestra la historieta sobre los visires de un gran sultán, con el que comienza la obra, ahora publicada ya sin ninguna otra alteración. Honradamente debo advertir que ni entonces pensaba, ni tampoco pienso ahora, en personas concretas. A lo que me refiero eligiendo ese título es a una alta encarnación del poder, factor tan decisivo en política económica y para la vida humana en general.

Si bien me complace retomar el título original, rechazado en su día, el contenido no sería hoy «en versión completa» porque treinta y seis años cargados de sucesos, decisiones públicas, novedades, auges y decadencias, exigen una exposición adecuada. Intenté ponerla al día y el editor tuvo conmigo toda la paciencia que un editor

puede permitirse y un poco más, pero finalmente me rendí y confesé que a mi avanzada edad y en mis circunstancias ya me resulta imposible completar mi obra.

Así, recordamos que hace años, otro libro mío, *Conciencia del subdesarrollo*, fue igualmente puesto al día por el profesor Carlos Berzosa, hasta hace poco rector de la Universidad Complutense de Madrid. El resultado fue para mí inmejorable: su texto actualizador de mi trabajo resultó no sólo perfecto (como cabía esperar de su valía), sino, además, cordialmente fundible y hasta confundible con el mío, debido a nuestras coincidencias teóricas y afectivas a lo largo de muchos años.

Decidimos recurrir en esta ocasión a la misma fórmula, con la suerte de que Carlos Berzosa aceptó el proyecto y le gustó tanto como a mí. El libro se publica ahora enriquecido por su aportación, que el lector valorará como se merece, y puede considerarse epílogo de mi texto, del mismo modo que mi antiguo libro resulta ser el prólogo de su ensayo.

Con su aportación se analizan los acontecimientos y cambios en el pensamiento económico acaecidos en las décadas transcurridas desde mi primera edición, reflejando lo que más suele escamotearse: el peso del poder político sobre las decisiones enmascaradas bajo las tesis ideológicas. Ese poder que ha ido desplazando su centro de gravedad desde los comienzos mercantiles del sistema capitalista hasta las formas industriales del siglo XIX después, y, hoy día, instalándose en la esfera de la actividad financiera, sobre todo a partir de los años setenta.

Sin ánimo de repetir lo ya expuesto por Berzosa, deseo en esta introducción destacar tres hitos en este proceso del desplazamiento del poder político hacia el financiero:

1. Las agitaciones y movimientos sociales del 68 y la correspondiente reacción de los grupos dominantes en Europa y Estados Unidos que, desde la segunda posguerra mundial, vivían bajo el paraguas del «complejo industrial militar», en palabras de Eisenhower (por cierto, nada sospechoso de anticapitalista). La

violencia y duración de los conflictos en París, Estados Unidos y Europa Central, inspiró una enérgica actitud defensiva de sus privilegios. Sobre todo en Gran Bretaña y Estados Unidos, donde con la colaboración entusiasta de economistas dóciles a los grupos privilegiados, surge la doctrina neoliberal, reclamando libertad plena para la riqueza privada, guiada por los fundamentalistas del mercado y despreciando las políticas sociales más distributivas. Así desde los años setenta estudiados en mi libro, se pasa al neoliberalismo sin reservas en los ochenta y noventa.

2. La caída del muro de Berlín y derrumbe de la Unión Soviética, dejando sin rival a la primera potencia militar para organizar el «nuevo orden mundial».
3. La globalización financiera propiciada por los avances tecnológicos.

El análisis de este paso al neoliberalismo y sus causas expuesto por Berzosa con maestría y precisión, facilita al lector la comprensión del imparable crecimiento del poder financiero y de cómo, en la cerrada defensa de sus privilegios, los capitalistas, las instituciones políticas y grandes empresas concentran su actividad en las finanzas, más que en creaciones productivas de la economía real como en otros tiempos. Las transferencias financieras en el mercado mundial superan con mucho el valor de los intercambios de bienes y servicios, ofreciendo a los poderosos ganancias espectaculares más rápidas y cómodas, con una ventaja añadida: la opacidad de un sistema de dinero y títulos y la desregulación de la ya establecida globalización internacional que permite abordar al margen de la ley negocios tan censurables como los armamentos o el narcotráfico.

Pero, como dice la sabiduría popular, la avaricia rompe el saco. Por un lado, las guerras supuestamente contra el terrorismo, en respuesta al ataque de al-Qaeda a las Torres Gemelas neoyorquinas y, por otro, la voracidad insaciable de los «mercados» nos conducen a la actual crisis financiera de la deuda.

En ese contexto el concepto de inflación pasa a segundo plano, la palabra deja de estar de moda entre los comentaristas y sólo inquieta a los bancos centrales. Obviamente, no porque el problema

real de los precios y el coste de vida haya quedado resuelto, sino porque lo prioritario para los financieros es cobrar su crédito como sea, imponiendo a los países deudores planes de ajuste y recortes que asfixian su economía, haciendo con ello pagar la crisis a la población, doblemente víctima de sus abusos. Las penalidades que sufren los más débiles no preocupan al poder dominante, ocupado únicamente en salvar a sus bancos y temeroso de que pueda resquebrajarse el sistema.

Como he dicho en más de una ocasión, hay básicamente dos clases de economistas: los que se dedican a hacer más ricos a los ricos y los que nos preocupamos por hacer menos pobres a los pobres. Y es en el seno de estos últimos donde se rescata el tema de la inflación, sus causas y mecanismos. Lo hacemos convencidos de que existen soluciones alternativas para reactivar la economía y la creación de empleo, como ya se hizo en otras ocasiones históricas, con las consiguientes vicisitudes inflacionarias, cuyo conocimiento siempre es conveniente.

De ahí la oportunidad y conveniencia de la reedición de este libro puesto al día magistralmente por Carlos Berzosa.

JOSÉ LUIS SAMPEDRO

1

La ciencia oficial y el hombre de la calle

En uno de esos países de fábula donde los escritores escarmentados situamos las cosas que no está bien visto ocurran en casa, sucedió que tras una guerra sobrevino gran escasez, allá por la década de 1940 (antes de nuestra era, por supuesto). El pueblo no comía, los acaparadores hacían su agosto y el sultán hubo de racionar los alimentos. Por entonces corrió de boca en boca la siguiente historieta:

Reunidos los visires en el Gran Diván, el sultán preguntó por el estado del abastecimiento. El visir competente informó que ninguno debía preocuparse, porque había para todos. Sí, arroz, dátiles, sésamo... para todos. Ante el unánime gesto de sorpresa decidió el sultán ahondar en el tema preguntando si de esos productos había bastante para cada ciudadano. El visir de las cosechas, orondo y satisfecho, aclaró sin perder su sonrisa: «Ah, eso no. "Todos" quiere decir para todos los que estamos aquí».

La historieta viene al caso para justificar por qué he escrito un libro más sobre la inflación. Mi objeto es muy claro: quiero exponer lo que ocultan la gran mayoría de los manuales asequibles al lector español. La historieta revela nítidamente la diferencia entre dos grupos distinguibles en toda sociedad: el de los que están «ahí», en el Gran Diván o en sus alrededores, y el de los que estamos aquí, en la calle, o en un cuarto como este donde trabajo, escribiendo a máquina. Lo mismo que los dátiles de la historieta, la inflación también se reparte de manera distinta entre unos y otros. La razón es sencilla: nosotros vivimos de nuestro trabajo, mientras ellos, en general, no; a pesar de que el libro sagrado en muchos países es la Biblia, donde se lee aquello de «con el sudor de tu rostro comerás el pan» (Gén. 3: 19). Nótese que no afirmo que no trabajen, porque bastan-

te trabajan, y algunos intensamente. Pero sus ingresos exceden, a veces muchísimo, de lo que corresponde a su esfuerzo y sólo pueden explicarse porque ellos viven, además, del trabajo de otros, cuyo producto pasa a sus manos merced a los mecanismos específicos del sistema.

Pues bien, lo que diferencia a este libro de los manuales más al uso y recomendados es que está escrito para quienes viven de su trabajo. No pretendo por ello ser original: mi ciencia es la de muchos otros, que también discrepan radicalmente de la prescrita en las escuelas oficiales. Tampoco pretendo descubrirle la inflación al hombre de la calle porque la padece cada día y, como su mujer, sabe bien que cada mes, con las mismas monedas, no puede comprar tanto como el mes anterior. Vive la inflación, vive en lucha contra ella. Pero, con frecuencia, no identifica la causa de su mal y, por tanto, no puede concebir la receta adecuada.

Si pretende averiguarla y acude a un manual famoso para conocer por qué su dinero vale cada día menos, le ocurre algo tan curioso como decepcionante. Curioso, porque esa ciencia oficial arroja más sombras que luz sobre la realidad o, peor aún, enciende unos focos que deslumbran para mejor cegar. El hecho revelado por la historietita inicial —esa diferencia que separa a los unos y los otros dentro del sistema— desaparece en los manuales, pese a ser tan evidente, o queda reducida en ellos a raras y disimuladas alusiones. En otras palabras, la teoría convencional sólo ofrece una versión incompleta de la realidad y explica la inflación de una manera expurgada, como para menores de edad.

Una ciencia tal es ciertamente curiosa. Y, además, resulta por fuerza decepcionante. Cuando el trabajador pregunta a esos manuales capitalistas por las causas de la inflación, recibe, con enfática insistencia y entre primores académicos más o menos frondosos, las dos principales respuestas siguientes, a menudo combinadas: una, que la culpa es del exceso de dinero en el mercado o un exceso de demanda y, otra, que la culpa la tienen el propio trabajador y sus compañeros, por empeñarse en obtener mayores salarios.

El trabajador se decepciona porque no hace falta el doctorado en economía para replicar a ambas respuestas. Ante la primera puede decir: ¿Por qué he de pagar yo las consecuencias de un exceso de dinero, si yo no lo provoqué ni tampoco sobra en mi bolsillo? Ante la segunda, se sentirá justamente indignado: ¿Cómo no he de pretender mayor salario si con el mismo dinero al mes vivo cada vez peor? Pero ambas réplicas no sirven de gran cosa ante el mayor poder político de los que se justifican con las respuestas oficiales. Y el trabajador vuelve la espalda a los manuales, comprendiendo que son ajenos a su vida; pero sigue sin poder explicarse por qué le pasa lo que le pasa.

Por eso me he apresurado a declarar que en este libro, por no estar escrito a la sombra del Gran Diván ni de los visires, se ofrece una explicación distinta de la inflación, a saber: su versión completa, no para menores de edad, sino para ciudadanos adultos. Por supuesto que los creyentes en la ciencia convencional negarán esta interpretación: ése es su oficio. Algunos hasta la calificarán de demagógica; pero eso no me preocupa porque es lo que se grita siempre ante las verdades molestas. Ahora bien, antes de entrar en materia, quiero aportar ya al lector un hecho indiscutible: el de que aun cuando mi interpretación tuviera errores, no por eso resultaría más verdadera la ciencia convencional.

Hoy está claro incluso para los economistas oficiales —como probaré citando sus propias palabras— que la ciencia convencional se encuentra desconcertada ante la nueva inflación, con paro y estancamiento, de estos últimos años.

El lector que me siga hasta el final formará su propio juicio. Por de pronto me conformo, para empezar, con dejar sentado este hecho comprobable: la impotencia de la ciencia capitalista ante la inflación. Por eso este libro se inicia, en el capítulo siguiente, constataando ese desconcierto oficial y añadiendo algunas observaciones previas. Después dedicaré dos capítulos a examinar sucesivamente, y con más detalle, las dos respuestas principales encontradas por el hombre de la calle en los manuales: la de que la inflación se debe al

exceso de dinero (más genéricamente, la llamada «inflación de demanda») y la de que obedece a las exigencias de los trabajadores (versión habitual de la «inflación de costes»).

Si dedico alguna atención a ambas tesis, tras haberlas declarado decepcionantes, es porque más que falsas son incompletas. Una hábil manera de esconder la verdad ha sido siempre la de exponer tan sólo una parte de ella y, mejor aún, la menos reveladora. Pero esa parte de verdad debe ser conocida porque tiene aspectos interesantes, aun prescindiendo en este caso —por complicadas y por no interesar para ulteriores razonamientos— de las admirables construcciones intelectuales levantadas, con gran pirotecnia teórica y estadística, sobre el mezquino solar a que se reduce el campo de estudio tras escamotear los fundamentos más explicativos. Y califico a esas construcciones de admirables sin ninguna ironía: también admiro intelectualmente a los teólogos de Bizancio, que discutían con tanto ingenio sobre el sexo de los ángeles. Sólo que, como toda escolástica —como observa muy bien García Bacca—, esos análisis filtran delicadamente el mosquito y se tragan el camello. Es decir, retienen escrupulosamente lo secundario y se dejan escapar lo fundamental.

Además, a fuerza de estrellarse contra la realidad, en los manuales más recientes se van encontrando alusiones y a veces hasta planteamientos incipientes de otra visión de la inflación, que profundiza más seriamente, hasta situarse ya al nivel de la estructura social. A ese tema dedicaré el capítulo 5, que si bien sólo recoge las manifestaciones más incompletas de tal enfoque, permite hacer justicia a algunos autores y, sobre todo, sentar las bases para una ulterior y plena comprensión del problema.

Porque, en efecto, tan pronto nos adentramos por la estructura social estamos dejando atrás y superando las explicaciones puramente técnicas de la inflación, que son las más convencionales de la demanda y los costes. Al aceptar un planteamiento estructural y sociológico empezamos a comprender también por qué la economía oficial fracasa ante la inflación, lo mismo que fracasa ante el subde-

sarrollo de los países y regiones pobres: y nótese que una y otro son los dos grandes problemas económicos de hoy. La razón principal, entre otras, es que desde hace unos cien años, en que emergió el marginalismo —no vale la pena explicar al lector este vocablo—, los economistas de Oxford o de Yale están muy inclinados a purificar su saber de toda «contaminación» política, prefiriendo calificarlo como *economics* («economía» o «teoría económica»), en vez de darle su anterior nombre de *political economy* o «economía política»: cambio de rótulo ciertamente revelador y que no ha sido desvirtuado, aunque a veces se pretenda, con la aportación más reciente del keynesianismo. Sin embargo, el vivir colectivo es, ante todo, una realidad política y la economía que lo ignore difícilmente será realista. Superando al avestruz, que se limita a esconder la cabeza en la arena cuando algo le disgusta, esa ciencia económica se encierra en su gabinete llevándose consigo lo que no le plantea problemas políticos y lo representa por las paredes, entronizándolo como panorama de «su» mundo. A partir de ese momento, como observaba Barbusse para explicar muchas cosas, «primero se escribe lo que se cree y después se pasa a creer lo que está escrito».

Pero este libro no es de gabinete, sino para la calle. Por eso el capítulo 6 es irremediamente político, pues la inflación sólo se comprende estudiando la distribución del poder entre los grupos sociales, como ha tenido que reconocer uno de los más avezados expertos británicos, que vivió la inflación como presidente de la Junta de Precios y Rentas, Aubrey Jones. Suya es la afirmación de que «existe hoy una *nueva inflación*, resultante de la respuesta de las fuerzas sociales contemporáneas al crecimiento económico». ¹ Por eso hay que estudiar el conflicto entre esas fuerzas, configurado esencialmente por el enfrentamiento entre los dos grupos de mi historieta inicial: los que vivimos de nuestro trabajo y los que viven, gracias a su capital, del trabajo ajeno.

Ese conflicto —nada menos— es lo que, como si no lo vieran nuestros ojos cada día, escamotea el economista convencional. ¿Por qué? En el fondo es bien sencillo: porque, en un sistema capitalista,

vive mejor quien disimula los mecanismos explotadores con pompas ideológicas y especulaciones teóricas. Pero no voy a entrar en ese problema de sociología del conocimiento. Sólo quiero añadir que probablemente, en la gran mayoría de los casos, el motivo del escamoteo no es una malignidad tan directamente interesada. Lo que ocurre es que el intelectual, además de engañarse con el calor de las emociones, como el hombre impulsivo, se descarría entre la neblina de sus racionalizaciones especulativas. No lo digo solamente por disculparle, sino para prevenir al lector contra un error que sería grave, porque orientaría su acción en dirección equivocada. Y no sólo conviene que el hombre de la calle alcance clara conciencia de lo que le ocurre sino, además, importa que no gaste su pólvora contra enemigos secundarios.

El último capítulo del libro está dedicado a evitar ese error. En él, como en las novelas policíacas —¿y qué es una indagación científica sino llegar a una identificación?—, se presenta por fin al «malo» del drama. El «malo» no es el economista, no es ninguna persona, ni siquiera los visires de la historieta. El enemigo principal es el sistema. Dada su estructura, las posiciones en el andamiaje determinan las conductas (los papeles de la farsa), y quienquiera que ocupe un visirato o posea una fábrica hará lo mismo, aunque no quiera, mientras esté ahí. Como escribía Marx en el prólogo al decisivo libro que abrió las puertas a tantos otros, incluido este mío tan humilde: «En esta obra las figuras del capitalista y del terrateniente no aparecen pintadas, ni mucho menos, de color de rosa. Pero adviértase que aquí sólo nos referimos a las personas en cuanto personificación de las categorías económicas, como representantes de determinados intereses y relaciones de clase. Quien como yo concibe el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso histórico-natural, no puede hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de las que él es socialmente criatura, aunque subjetivamente se considere muy por encima de ellas».²

En definitiva, la raíz de la inflación está en el sistema. Sin llegar a esa conclusión, no está completa la explicación de la inflación. Por

eso se desconcierta la ciencia convencional, cuya mutilada versión —¡hay tantos intereses en juego!— escamotea las referencias a los mecanismos inflacionarios del capitalismo. Por eso fracasan las políticas contra la inflación, emprendidas por visires para quienes el sistema es sagrado, además de provechoso. Por eso no hay que desperdiciar energías en una lucha que debe emprenderse sobre todo contra el sistema mismo. Por eso, en definitiva, escribo este libro: con la esperanza de que sus lectores, ante la explicación parcial que algún día quiera ofrecerles un economista indoctrinado por la ciencia de Cambridge o del MIT (pronúnciese «Em Ai Ti», que hace más fino), puedan responder convencidamente: «No, no me la explique. Sé muy bien lo que es la inflación: otra manera de explotarme».

La frase podrá parecer abrupta y —ya lo he anticipado antes— demagógica. Pero lo mismo dijo un inmenso poeta que no tenía nada de marxista, sino todo lo contrario, Ezra Pound: «Inflation for the benefit of the few»; es decir, «Inflación en provecho de una minoría». Así puede leerse en su curioso libro *ABC of Economics*.³

2

La ciencia oficial, desconcertada

UN PROBLEMA CLAVE

A finales de 1971 el Institute of Economic Affairs, de Londres, encargó a una empresa de sondeo de opinión que realizara una encuesta para averiguar qué pensaba o qué sabía la gente acerca de la inflación. Gracias a ella puedo documentar, con cierta pompa científica, la impresión general que tenemos todos. En efecto, a la pregunta «¿Quisiera decirnos en sus propias palabras qué cree usted que es la inflación?», el 26 por ciento respondió que un «alza general de precios»; el 18 por ciento repuso «precios creciendo más deprisa que los salarios»; el 13 por ciento dijo «obtener menos por nuestro dinero», y un 17 por ciento más dio contestaciones diversas relacionadas todas ellas con los precios. Teniendo en cuenta que un 14 por ciento admitió ignorar lo que tal cosa era, resulta que sólo un 12 por ciento dio respuestas ajenas a los precios. Para la gente, en suma, la inflación es un problema de precios crecientes, que afectan a su poder de compra o nivel de vida.

Pero el hombre de la calle aún sabe más cosas sobre la inflación. Entre una lista de los cinco problemas principales a los ojos de la opinión británica, el 21 por ciento seleccionó la inflación como el problema más grave para el país, y el 72 por ciento lo destacó como el más importante para ellos mismos. Más revelador todavía es que, entre otra lista de seis problemas nacionales, sólo el 3 por ciento creía que era el sector en el que el gobierno estaba actuando lo mejor posible, y sólo el 4 por ciento juzgaba que era la cuestión mejor enfocada de todas por el gobierno.¹ En resumen, la calle sabe que la inflación es un alza de precios dañosa para su nivel de vi-